

Una labor remota en el cruce hacia la modernidad. Las lavanderas en la ciudad de Buenos Aires y los cambios en la configuración urbana (1900-1920). Representación y realidad.

Bartucci, Viviana.

Cita:

Bartucci, Viviana (2017). *Una labor remota en el cruce hacia la modernidad. Las lavanderas en la ciudad de Buenos Aires y los cambios en la configuración urbana (1900-1920). Representación y realidad. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/78>

Una labor remota en el cruce hacia la modernidad. Las lavanderas en la ciudad de Buenos Aires y los cambios en la configuración urbana (1900-1920). Representación y realidad.

BARTUCCI, VIVIANA.

USAL. UBA

Para publicar en actas

Desde la historiografía, el análisis de la relación dialéctica entre representación y realidad en torno al trabajo de las lavanderas en la ciudad de Buenos Aires procurará explorar y reflexionar sobre cambios urbanos que tuvieron lugar en la flamante capital argentina durante su proceso de transformación hacia una urbe moderna. Se considera que para las dos primeras décadas del siglo XX, la interacción de las reformas en el espacio público de la ciudad, devenida a metrópolis, con las representaciones literarias y artísticas sobre el trabajo de las lavanderas permitirá el acercamiento a dos cuestiones clave en todo crecimiento urbano: la distribución del agua y el control de la higiene.

1. El lavado de ropa en las orillas del Río de la Plata¹

La asociación de la tarea de las lavanderas con el género femenino es remota. Considerado uno de los oficios tradicionales de la mujer desde el comienzo de la vida urbana, su registro documental data del primer momento en que los archivos dan cifras. Un ejemplo es brindado por Bonnie Anderson y Judith Zinsser en *Historia de las mujeres. Una historia propia*:

El impuesto de capitación de Oxford elaborado en 1380 lista noventa y tres oficios en total, de los cuales solo doce incluyen mujeres; éstas trabajaban como lavanderas, buhoneras, zapateras, sastresas, (sic) taberneras, cerveceras, fabricantes de redes, cereras y lo que era más típico, hilanderas y cardadoras de lana.²

En nuestro país, la única obra sistemática dedicada a la historia de las trabajadoras, escrita por Mirta Lobato y publicada en 2007, sólo menciona a las lavanderas en el marco del análisis del primer censo nacional y del número 25 del Boletín del Departamento

¹ Gran parte de la información de este apartado procede de un artículo propio publicado en 2014: "Imagen y espacio. Las lavanderas y la ciudad de Buenos Aires (ca. 1840-1920)" en *Épocas. Revista de Historia. Universidad del Salvador*, 10, Buenos Aires, FHGT. USAL, segundo semestre 2014, pp. 73-99.

² Anderson, Bonnie, Zinsser, Judith, *Historia de las mujeres. Una historia propia*, 2da. edición, Barcelona, Crítica, 2009, p. 431 (Serie Mayor). El subrayado es propio.

Nacional de Trabajo correspondiente al año 1911.³ En consonancia, los testimonios sobre la actividad del lavado de ropa en las orillas del Río de la Plata son muy escasos pero permiten afirmar que, desde la época colonial, las trabajadoras utilizaban la ribera, cerca de la muralla del fuerte, agregándose luego el espacio comprendido entre la Recoleta y el Riachuelo, para cumplir con sus tareas.

A pesar de que dicho paisaje “no era un escenario de interés para los viajeros de la primera mitad del siglo XIX que visitaban Buenos Aires”,⁴ la imagen de las lavanderas comenzó a aparecer allí desde los primeros testimonios visuales conservados de la ciudad, lo cual refleja el impacto de su labor en el espacio porteño. Entre los precursores de su representación, el marino Emeric Essex Vidal, en numerosas acuarelas, las recreó.⁵ Las lavanderas aparecen en sus láminas junto con otros personajes típicos de la ciudad, como aguateros y pescadores, conformando parte de un paisaje cuyo protagonista principal es el río.

A diferencia de Vidal, que buscaba a través de su obra mostrar los recursos y costumbres americanos a los europeos, con un interés documentalista, los artistas que le sucedieron observaron la realidad a través de tipos individuales, a los que consideraban la representación de un grupo. Entre ellos, el escocés Richard Adams, en *Vista de Buenos Aires*, óleo pintado alrededor de 1832 que se conserva en el Museo Nacional de Bellas Artes, representa la ribera norte de la ciudad de Buenos Aires con la visión de varios edificios, entre ellos el Fuerte, iglesias y la, entonces, reciente catedral anglicana. Entre los detalles de la pintura sobresalen las lavanderas, la tropilla y los aguateros; en un segundo plano se recrea el sistema de desembarco a la ciudad, carente de puertos, con botes y carretas para llegar a tierra.⁶ Otro artista, Carlos Pellegrini, considerado el fundador de la iconografía del Riachuelo,⁷ ofreció una mirada semejante sobre la ciudad y sus personajes. Ingeniero saboyano, convocado por Rivadavia junto a varios profesionales para hacer trabajos hidráulicos, ejerció el oficio de pintor tras el fracaso del proyecto; su álbum *Recuerdos del Río de la Plata* constituye uno de los trabajos clave de

³ Lobato, Mirta, *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, 2007, pp. 37 y ss. y p. 61.

⁴ Silvestri, Graciela, *El color del río. Historia cultural del paisaje del Riachuelo*, Bernal, UNQ, 2003, p. 61

⁵ Por ejemplo, *Fuerte de Buenos Aires*, 1817 y, la más específica, *Lavanderas y vista del Fuerte*, 1819. Sus obras fueron publicadas en 1820 en Londres, por R. Ackermann. Sobre su labor, y el contexto imperialista en que la desarrolló, véanse María Lía Munilla Lacasa, “Siglo XIX: 1810-1870” en José Emilio Burucúa, *Nueva Historia argentina. Arte, sociedad y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 113 y Graciela Silvestri, “Cuadros de la naturaleza. Descripciones científicas, literarias y visuales del paisaje rioplatense (1853-1890)” en *Revista Theomai*, 3, UNQ, 2001, pp. 1-5. Disponible en: www.redalyc.org/articulo (agosto 2014).

⁶ Amigo, Roberto, “Richard Adams. Vista de Buenos Aires” en MNBA, *Arte. Siglo XIX. Parte 1*, Buenos Aires, Arte Gráfico Editorial Argentino, 2010, p. 327 (Colección Museo Nacional de Bellas Artes, 3).

⁷ Silvestri, *El color del río...*, p. 61.

la iconografía argentina. El testimonio de José Antonio Wilde aporta información sobre el jabón utilizado en la época –hecho con grasa, ceniza, potasa e hierbas– y sobre el uso de los charcos formados en la orillas, al producirse la bajante en el río, como bateas.⁸

Los primeros artistas de origen nacional que recrearon a las lavanderas y el espacio de su labor fueron Carlos Morel y Prilidiano Pueyrredón. La representación del primero pertenece al álbum *Usos y costumbres del Río de la Plata*, editado en dos cuadernos entre 1844 y 1845 con la técnica de la litografía. Las trabajadoras aparecen en el sector inferior del centro de una de las páginas del grabado, cargando los bultos de ropa junto al río. Botes, anclas y la presencia de un barco permiten caracterizar a la zona del Bajo. Dos décadas después, el segundo las caracterizó en *Lavanderas en el bajo de Belgrano*, óleo de 1865 sobre tela de gran tamaño, y en *La lavandera*, acuarela sobre papel que puede considerarse heredera de la escuela de Barbizon, cuya modalidad era pintar pequeños óleos y acuarelas al aire libre, en un entorno natural y alejado de la ciudad.

Varias fotografías del álbum Witcomb⁹ y testimonios escritos del período permiten corroborar la visión ofrecida por los artistas plásticos. Por su parte, el ya mencionado José Antonio Wilde las sitúa cubriendo “el inmenso espacio a orillas del río desde la Recoleta y aún más allá, hasta cerca del Riachuelo”.¹⁰ Su apreciación se complementa con la de Guillermo Enrique Hudson quien incorpora en su cita el sonido del paisaje;

las [lavanderas] negras, excesivamente vocingleras, me recordaban, con su fuerte charla mezclada con gritos y carcajadas, a la algazara que promovían sobre pantanosa laguna una gran cantidad de gaviotas, ibis, becasinas, gansos y demás ruidosas aves acuáticas.¹¹

2. Políticas públicas en la ciudad de Buenos Aires en torno a la distribución del agua y el control de la higiene.

Desde fines del siglo XIX, la Comisión Municipal y, a partir de la federalización, la Intendencia Municipal de la Capital impulsaron grandes reformas en el espacio de la ciudad de Buenos Aires en el marco de su constante crecimiento demográfico y físico.¹²

⁸ Wilde, José Antonio, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires, EUDEBA, 1960, p. 161. Nota a pie de página.

⁹ Véase www.galerias.educ.ar/v/coleccion_witcom/?g2_page=6 (20/3/2014).

¹⁰ Wilde, *Buenos Aires...*, p. 161

¹¹ Guillermo Enrique Hudson, *Allá lejos y hace tiempo*, elaleph.com, 2000, pp. 95-96. Disponible en www.elaleph.com (marzo de 2014).

¹² Las fuentes historiográficas al respecto son numerosas y abarcan diversos tópicos. Por su temática, este trabajo se concentrará especialmente en las provenientes de la historia social.

Los cambios, promovidos por las autoridades políticas de aquel entonces, fueron proyectados y llevados a cabo por un grupo de especialistas, entre los que se encontraban “ingenieros, higienistas, reformadores políticos, arquitectos, paisajistas, funcionarios de organismos públicos y miembros de agrupaciones civiles”.¹³ El historiador Diego Armus señala la creciente influencia de los segundos sobre el poder municipal, el cual concretó muchas de sus recomendaciones en procura del saneamiento ambiental y la profilaxis de las enfermedades infecto – contagiosas.¹⁴

Gran parte de la prensa del período acompañó con sus publicaciones a la generación de un clima de época pleno de logros y de expectativas de progreso.¹⁵ Para muchos científicos e intelectuales, entre ellos Guillermo Rawson y Eduardo Wilde, la ciudad se convirtió en un objeto de reflexión en que las direcciones principales recorridas fueron el control sanitario de los inmigrantes recién llegados y el saneamiento interno.¹⁶

Así, en consonancia con el desarrollo y experimentación de tecnologías vinculadas al tendido de redes de infraestructura en las grandes ciudades occidentales,¹⁷ en Buenos Aires, con limitaciones financieras y tecnológicas propias de su condición periférica, que la hicieron adaptarse a “las necesidades expansivas del capital extranjero [antes que a] las necesidades de la población local”,¹⁸ fueron definidas en este período las redes de agua y de cloacas.

Las primeras iniciativas comenzaron a desarrollarse en la segunda mitad de la década de 1860 por iniciativa del Estado provincial, inaugurándose en 1869 el primer servicio de agua corriente y filtrada por medio de surtidores públicos.¹⁹ Décadas después, en 1891, por iniciativa municipal, se comenzaron a construir las primeras cloacas domiciliarias, cuya ampliación a todos los distritos de la Capital fue establecida en las

¹³ Gutman, Margarita, *Buenos Aires. El poder de la anticipación. Imágenes itinerantes del futuro metropolitano en el primer Centenario*, Buenos Aires, Ediciones Infinito, 2011, p. 79. La autora habla en este sentido de “planes letrados”, a los cuales define operativamente y caracteriza para la ciudad de Buenos Aires entre los años 1900 y 1920 en el capítulo II de su obra (pp. 80-149).

¹⁴ *cit.* Recalde, Héctor, *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910) a través de las fuentes médicas*, Avellaneda, Grupo Editor Universitario, (Biblioteca de Temas Argentinos), p. 28. Véase también al propio Armus, Diego en *La ciudad impura. Salud, tuberculosis y cultura en Buenos Aires, 1870-1950*, Buenos Aires, Edhasa, 2007. Introducción.

¹⁵ Margarita Gutman ofrece un cuadro completo de ello a través de la revisión de más de seis mil publicaciones de Buenos Aires en el período 1882-1928 (*Buenos Aires...*, p. 25 y Anexo de Cuadros).

¹⁶ Recalde, *La salud...*, p. 79.

¹⁷ Véase Gutman, *Buenos Aires...*, pp. 261-263 para los casos de Londres, París y Nueva York.

¹⁸ *Ib.*, p. 260.

¹⁹ *Ib.*, p. 263. Una obra clásica al respecto es Herz, Enrique Germán, *Historia del agua en Buenos Aires*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1979 (Cuadernos de Buenos Aires, 54).

leyes nacionales 6056 y 6067 del año 1899 con fondos provenientes del excedente de las rentas de las Obras de Salubridad.²⁰

Así, entre proyectos y ordenanzas municipales, provinciales y nacionales, que se sucedieron sin orden y entre conflictos de jurisdicción,²¹ y comparaciones constantes con la provisión de agua en ciudades europeas,²² “el proceso de organización y control estatal de los servicios se perfeccionó en 1912 con la creación de Obras Sanitarias de la Nación”.²³ Las obras proveyeron de agua potable y evacuación de los excrementos y aguas servidas aunque no en todas las partes de la ciudad sino en un principio en los barrios consolidados, como revela el Censo Nacional de 1914.²⁴

3. El impacto de las transformaciones en la labor y en la representación de las lavanderas

En el marco del desarrollo de las transformaciones impulsadas en la ciudad de Buenos Aires, el desempeño laboral de las lavanderas encontró limitaciones. La puesta en práctica de una multiplicidad de dispositivos gubernamentales modificaron la relación que poseían con su espacio laboral – el río – y las excluyeron hacia ámbitos marginales, con el límite impuesto hacia su circulación pública y la construcción de espacios restringidos para ellas de muy difícil acceso por su costo: los lavaderos públicos.

El desplazamiento y la exclusión fueron el corolario de políticas sanitarias provenientes del higienismo que procuraron un control sobre las lavanderas por considerarlas un riesgo para la salud de la población. Cabe acotar que desde tiempos remotos eran asociadas con la enfermedad, dadas las dolencias que solían poseer por

²⁰ Bullrich, Adolfo, “Higiene pública. El estado sanitario de la ciudad de Buenos Aires”, Buenos Aires, 9 de junio de 1899. En: *Memoria Municipal 1898 a 1901*, pp. 178-191. Esta Memoria y las siguientes que se citarán en este trabajo fueron consultadas en la edición digitalizada ofrecida por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Dirección General de Cultura. Allí constan los datos de impresión.

²¹ Entre los principales encargos nacionales se cuenta el del presidente Domingo F. Sarmiento a John Bateman, que tuvo que esperar hasta la federalización de la ciudad de Buenos Aires para ponerse en marcha. Sobre el mismo, cf. Horacio Caride Bartrons, “Cuerpo y ciudad. Una metáfora orgánica para Buenos Aires a fines del siglo XIX” en *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazzo”*, 41 (1), Buenos Aires, 2011, p. 8. Disponible en: http://www.iaa.fadu.uba.ar/ojs/index.php/anales/article/view/2/pdf_5 (febrero 2017).

²² Por ejemplo, la realizada en la “Nota sobre el Riego de las Calles” de Adolfo Bullrich, publicada en *Memoria Municipal 1898 a 1901*... pp. 171-177.

²³ Gutman, *Buenos Aires...*, p. 265. No sólo en la provisión de agua corriente sino en la apertura de avenidas, tendido de vías férreas o de telégrafos y teléfonos, etc. se desarrollaron en estas décadas pujas de poder entre los ámbitos municipal, provincial y nacional. Véanse, entre otros, *Ib. passim* pp. 267-283 y Schmidt, Claudia, “La convivencia imposible una capital para dos estados. Buenos Aires (1880-1888)” en *Anales del Instituto de Arte Americano...* cit 27-26. Disponible en: http://www.iaa.fadu.uba.ar/ojs/index.php/anales/article/view/2/pdf_5 (febrero 2017).

²⁴ Recalde, *La salud...*, p. 83.

trabajar siempre en lugares húmedos. Entre éstas se encontraban desnutrición y amenorrea; por otro lado, los vapores de la lejía hirviente, con añadido de cal o cenizas, utilizados para lavar a partir del siglo XVIII, podían convertirlas en asmáticas por alterar la estructura de sus pulmones.²⁵ También solían contagiarse de enfermedades infecciosas por el contacto con la ropa sucia.²⁶

A los padecimientos propios de la labor, se sumarían en las últimas décadas del siglo XIX los derivadas de la contaminación de su ámbito laboral. Desde inicios de la década de 1880, las aguas del Riachuelo se habían constituido en objeto de análisis bacteriológicos por quejas de vecinos ante su contaminación por los residuos de destilerías y saladeros.²⁷

Para algunos historiadores, como Leandro Gutiérrez y Ricardo González, las reformas fueron aplicadas a través de procedimientos compulsivos y educativos a la vez; Héctor Recalde matiza dicha postura al incorporar la variable temporal al análisis y plantear al higienismo como una ideología de cambios graduales destinada a atenuar los conflictos sociales.²⁸ En forma complementaria, y profundizando ambas posturas, Horacio Caride Bartrons incorpora el paradigma del cuerpo como la base del discurso médico y político que las impulsó. Posteriores a los episodios de fiebre amarilla y de otras enfermedades, como la viruela, el sarampión y la tuberculosis en la década de 1870, el autor contempla los conceptos binomio dialéctico salud–enfermedad y la ciudad como un organismo, circulantes a partir de la sociología naciente - con pensadores como José Ingenieros y José María Ramos Mejía - como promotores del espíritu de las transformaciones.²⁹

Junto las causas de índole médica, las mayormente anotadas en las fuentes documentales revisadas, no deben olvidarse las motivadas por las innovaciones materiales impulsadas en la ciudad, entre ellas, y principalmente, los proyectos para el puerto de Buenos Aires. Los mismos se concretaron en Puerto Madero; aunque ya quedara obsoleto en las primeras décadas del siglo XX, su construcción alejó definitivamente a las lavanderas de su primitivo espacio laboral.

3.a. Desplazamiento/s

Dadas las reformas de la ciudad y la exigencia de cuidar la salud de los habitantes, luego de las graves epidemias de fiebre amarilla y de cólera, la Municipalidad comenzó a

²⁵ Aunque en el Río de la Plata no se solía utilizar la lejía como medio de limpieza.

²⁶ Véase Huerta Jaramillo, Ana María Dolores, “La ropa sucia no sólo se lava en casa” en Huerta, Ana María Dolores (coord.), *Lavanderas en el tiempo*, Puebla, Instituto Nacional de las Mujeres, 2003, pp. 27 y s.

²⁷ Sobre la contaminación y los análisis bacteriológicos así como sobre la potabilidad de las aguas corrientes, en comparación con las de aljibes, véase *Memoria Municipal 1882*, Tomo 1, pp. 153-182.

²⁸ Recalde, *La salud...*, pp. 32 y 37.

²⁹ Caride Bartrons, Horacio, “Cuerpo... pp. 9 y s.

reglamentar el lavado en el río y a alentar el funcionamiento de lavaderos particulares. En 1872 un Acuerdo había prohibido el lavado de ropas en la zona de la ribera del río comprendida entre Pobre Diablo y Palermo Chico.³⁰ En ese mismo año, se decretó el establecimiento de catorce lavaderos, uno en cada parroquia.³¹ Las *Memorias Municipales* anotaban las ventajas de los lavaderos,

uno de los grandes progresos de la higiene aplicados a la población, - y en nuestra ciudad es ya indispensable su planteación (sic) para abandonar el sistema primitivo de lavado, que convierte los pozos de nuestro hermoso río en una cloaca pestilente mientras el flujo y el reflujo no se lleva las aguas descompuestas, resultantes de él.³²

La creciente demanda³³ e inconvenientes poseídos por los primeros lavaderos³⁴ motivaron por parte de la Municipalidad un llamado a concurso en el año 1879 para ampliar su oferta; a la vez se buscaba “garantir al vecindario” de posibles abusos de la explotación particular. Las *Memorias* detallan las cinco propuestas presentadas aconsejando otorgar a Francisco Oliver la concesión, por ser el sistema “que ofrece la mayor economía de dinero, de tiempo y de trabajo y asegura más eficazmente la salud de las lavanderas y la salud del pueblo”.³⁵

Pese a las regulaciones y las acciones de la Municipalidad, gran parte de las lavanderas continuaba años después ejerciendo su labor en el río, con numerosas críticas e impedimentos; “las costumbres inveteradas no se modifican sin resistencia, y la acción de la autoridad tendrá que ejercerse hasta que se palpe el beneficio que la innovación reporte”.³⁶

Detrás de las dilaciones, puede conjeturarse la existencia de intereses creados en torno a la regulación de la tarea en lavaderos públicos,³⁷ así como la falta de habilitación del

³⁰ Zarranz, Alcira, “Los lavaderos de Buenos hacia 1900 (Aspectos higiénicos y laborales)” en *III Jornadas de Historia de la ciudad de Buenos Aires. “El trabajo en Buenos Aires”*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 1988, p. 139.

³¹ [Ordenanza] sancionada en 31 de octubre de 1872. En *Memoria Municipal 1872*, pp. 284-286. Un antecedente había sido el proyecto, fallido, de 1855 de Juan Baratta para la instalación de un establecimiento de Lavaderos y Baños Públicos. Véase Ana M. Carreira, Marcelo Magadán, “Lavadero y baños públicos en Buenos Aires, un proyecto de mediados del siglo XIX” en *III Jornadas...*, pp. 22-24.

³² *Memoria Municipal 1879*, p. 206.

³³ De 3000 lavanderas, los lavaderos públicos de la ribera del río pasaron a recibir 5000, con dificultades de convivencia: “las antiguas lavanderas niegan el agua y el sol a las modernas” (*Ib.*, p. 207).

³⁴ “la imposibilidad de lavar durante la suba de la marea; la inclemencia del sol y de la lluvia, por la falta de techo y abrigo que destruye la energía y la salud de las lavanderas, su mala situación [ubicación] en un solo extremo de la ciudad [...], sus malas condiciones higiénicas” (*Ib.*, pp. 206-207)

³⁵ *Ib.*, p. 213. Las otras propuestas presentadas fueron las de los señores D. R. Palacios, Beuamarie Hermanos, Guyot y Manuel Correa.

³⁶ *Memoria Municipal 1880*, p. 171.

³⁷ Así, en el mencionado decreto de 1872, también le había sido adjudicada la concesión a Oliver, sin referencias sobre su concreción. Las obras de la obtenida en 1879, al año siguiente, por escasez de recursos y por considerarse los proyectos inadecuados, estuvieron detenidas (*Ib.*, 1880, p. 171).

servicio regular de cloacas y de agua corriente necesaria para concretar su distribución uniforme en la ciudad.³⁸

La situación provocó la formación de una Comisión especializada presidida por Pedro Arata que elevó sendas notas en las *Memorias Municipales* de los años 1886 y 1887. Allí se señalaron no sólo “el aspecto asqueroso que presentan esos charcos de agua de jabón que entran en putrefacción bajo la influencia de los rayos solares”³⁹ sino, y principalmente, los efectos del lavado del río en la salubridad de la población. La atención de los miembros de la Comisión se extendió al control de los lavaderos públicos existentes,⁴⁰ exigiendo en ellos métodos de desinfección y no sólo de limpieza.⁴¹

En la primera década del siglo XX, el desplazamiento de las lavanderas ya era una realidad,⁴² aunque ello no conllevó a las mejoras de sus condiciones laborales ni de la sanidad de la población.

Puede asegurarse que los tres lavaderos municipales, desde que fueron librados al servicio público hasta la fecha, no han conseguido realizar por completo los fines que motivaron su adquisición, y que como se sabe tendían a evitar el lavado de ropa en los inquilinatos donde hasta hoy se continúa practicando con evidente peligro para la salud pública, a consecuencia de la falta de cuidado en separar las ropas infectadas.⁴³

Los periódicos de la época fueron atentos espectadores de los cambios, celebrando los más conservadores el progreso junto a observaciones nostálgicas de un pasado considerado lejano.

Qué lejos estamos de aquellos tiempos en que las lavanderas se habían posesionado de aquella parte del río que da al Paseo Colón para lavar la ropa de los habitantes del municipio; el progreso con ímpetu avasallador las desalojó del Bajo, donde desde los tiempos coloniales habían estado a orearse las prendas de todos los porteños. A otros tiempos, otras costumbres; la construcción del magnífico Puerto Madero, hizo imposible a las lavanderas el lavado en los bajos, y la

³⁸ *Memoria Municipal 1881*, p. 383.

³⁹ Una mirada semejante había sido ofrecida años antes enfatizando la estética de la ciudad ante la mirada foránea: “es necesario pensar en suprimir el desagradable espectáculo que ofrece el inmenso lavadero de la ribera, que choca inmediatamente a la vista del viajero que visita nuestras playas” (*Memoria Municipal 1883*, p. 420)

⁴⁰ Sobre los lavaderos de las últimas décadas del siglo XIX, las causas de su surgimiento y de su irregular funcionamiento, cf. Zarranz, Alcira, “Los lavaderos...”, pp. 139-149.

⁴¹ Sobre los métodos de desinfección, las *Memorias* se explayan en el año 1886. La propuesta era utilizar ácido sulfuroso, con suficiente ventilación, proponiendo cuartos especiales construidos por la Municipalidad para las familias pobres. En: *Memoria Municipal 1886*, p. 157.

⁴² Las *Memorias Municipales* del año 1905 registraron durante ese año la concurrencia de 27.285 lavanderas a los lavaderos públicos y un ingreso de más de 23.000 pesos. Tres años después, en el proceso de apertura de la red de agua corriente, el número de lavanderas disminuyó a alrededor de 18 mil. También se ofrecen estadísticas sobre los ingresos y gastos por carbón, agua y gas de los tres lavaderos municipales y de los baños públicos que funcionaban junto a ellos (*Memoria Municipal 1908*, pp. 172-173). v.g. otras estadísticas en *Memoria Municipal 1910*, p. XX y en *Memoria Municipal 1918*, p. 284.

⁴³ *Memoria Municipal 1905*, p. 87.

Municipalidad por otra parte prohibió terminantemente aquel espectáculo indigno de una capital como la nuestra.⁴⁴

3.b. Exclusión

Las medidas gubernamentales, inspiradas en gran parte por la labor de los higienistas, como fuera anotado, repercutieron en forma directa en la tarea de las lavanderas, muchas de las cuales pasaron a desarrollar la labor en sus propias viviendas, la mayoría en conventillos. Las condiciones eran deplorables y fueron denunciadas por muchos higienistas con la deliberada intención de buscar no sólo el control sanitario sino remarcar los efectos en la moral de una convivencia forzada a la que consideraban promiscua.⁴⁵

Las *Memorias Municipales* observaban los efectos del trabajo de las lavanderas en las viviendas de inquilinato; “las ropas puestas a disecar en pequeños patios o habitaciones, es una poderosa causa de insalubridad”.⁴⁶

A la problemática ambiental se sumaba el afán de lucro de los dueños de conventillos que cobraban mayor precio a los moradores que solicitaran permiso para lavar la ropa.⁴⁷

En este contexto, varias disposiciones municipales limitaron la actividad de las lavanderas legislando en ocasiones de manera contradictoria acerca del lugar de su desempeño⁴⁸ a la vez que exigían ciertos requisitos generales muy difíciles de lograr para vivir en los conventillos, por ejemplo cuatro personas como máximo en una pieza y la atención a la impermeabilidad de los pisos mediante el uso de la baldosa francesa que debía “ser colocada sobre un contrapiso de ladrillo y asentada en mezcla de tres partes de arena, dos de cal y una de cemento Portland”, entre otras especificaciones.⁴⁹

Sobre el lavado de ropa propiamente dicho, la ordenanza del 4 de octubre de 1887 prohibía en su artículo 4 “el lavado de ropa, así como el tendido de ellas en los patios y azoteas”.⁵⁰

La *blanchisseuse*⁵¹ comenzó a ser asociada con el riesgo sanitario; “ella absorbe todos los microbios que pasan por sus manos, porque su organismo empobrecido no vibra lo

⁴⁴ <Un lavadero público> en” Suplemento Semanal Ilustrado” 1, p. 23 en *La Nación*, Buenos Aires, 18 de diciembre de 1902.

⁴⁵ Recalde, *La salud...*, p. 83.

⁴⁶ *Memoria Municipal 1879*, p. 206

⁴⁷ *Memoria Municipal 1905*, p. 87.

⁴⁸ Como dan cuenta las citadas *Memorias Municipales* de 1905 en la página 87.

⁴⁹ *Memoria Municipal 1884*, Tomo II, pp. 432-433.

⁵⁰ *Ordenanza municipal del 4 de octubre de 1887*. En: Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, *La vivienda colectiva en la ciudad de Buenos Aires. Guía de inquilinatos 1856-1887*, Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2007, p. 49.

⁵¹ Lavandera” en idioma francés.

suficiente para no dejarlos entrar, porque mezcla las ropas del sano con las del enfermo y reparte a domicilio el mal”.⁵²

3.c. Cambios en su representación

La alegría con que fue descrita y representada la actividad de las lavanderas hasta mediados del siglo XIX contrasta con su situación en las primeras décadas del siguiente. Varios testimonios teatrales lo revelan⁵³ así como las representaciones plásticas del período.

Cabe señalar que el inicio del tratamiento plástico de las dificultades y de la dureza de la labor de las lavanderas en la pintura argentina coincide con la modernización del arte local, a partir de la creación de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, y con la impronta de artistas de origen extranjero.

Pese a las influencias recibidas, las creaciones plásticas sobre las lavanderas fueron menos numerosas que en la etapa anterior. Las mismas proceden de artistas que poseían ideología libertaria por lo que el hincapié en sus obras se centra, antes que en la descripción de la ocupación laboral, en la ambientación de los suburbios, en el caso de la ciudad de Buenos Aires los conventillos, y en la pintura de la miseria y dolencias de sus habitantes.

Existe consenso acerca de que la creación plástica del tipo de la *blanchisseuse* en el arte occidental es debida a Honoré Daumier,⁵⁴ que de los años setenta del siglo XIX realizó tres destacadas versiones al óleo en torno al tema. La más conocida se conserva en el Musée d'Orsay y muestra a una lavandera subiendo unas escaleras; con una mano ayuda a su hija a montar el último peldaño mientras que con la otra sujeta un bulto con ropa sucia. La representación junto a su hija coincide con la ofrecida por la dramaturgia nacional así como también con fotografías de época ambientadas en el territorio nacional y con testimonios periodísticos.⁵⁵ La historiadora López Fernández menciona otros artistas europeos que las retrataron, muchos de ellos dedicados a la litografía.⁵⁶

En Buenos Aires, los Artistas del Pueblo ambientaron a los trabajadores, hombres y mujeres, en espacios míseros. De filiación anarquista y anarcosindicalista, el Grupo formado por José Arato, Adolfo Bellocq, Guillermo Facio Hebequer, Agustín Riganeli y

⁵² Juan Biale Massé, *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo XX*, Córdoba. Argentina, Universidad Nacional de Córdoba. Dirección General de Publicaciones, 1968, p. 424.

⁵³ Véase Bartucci, *Imagen...*

⁵⁴ María López Fernández, *La imagen de la mujer en la pintura española 1890-1914*. Madrid, A. Machado Libros, 2006 (La Balsa de la Medusa, 152, col. dir. Valeriano Bozal), p. 147.

⁵⁵ Véase Bartucci, *Imagen...* y el artículo periodístico citado v.s.

⁵⁶ López Fernández, *La imagen de la mujer...*, pp. 150-151.

Abraham Vigo ⁵⁷ alcanzó gran notoriedad en la década de 1920 al constituirse en uno de los movimientos críticos y renovadores del academicismo. Un antecedente probable del término que agrupa a estos artistas es el de los “novelistas del pueblo” rusos, cuyo principal exponente fue Máximo Gorki. Apunta Muñoz que “la relación con Gorki y la literatura rusa se manifiesta en el pesimismo con que están mostradas las clases bajas de la sociedad en la obra de los Artistas del Pueblo”. ⁵⁸

Cercanos al “grupo de Boedo”, del mismo modo que los “pintores de La Boca” y el “grupo de Florida”,

realizan obras que, de una u otra manera, tienen como referente la ciudad moderna, Buenos Aires. La metrópoli está presente incluso en el dato menor – pero significativo – de su denominación grupal: unos son “los pintores de La Boca”, los de Martín Fierro son “el grupo de Florida”, por su parte, los “Artistas del Pueblo” primero son la “Escuela de Barracas” y luego aparecen agrupados al “grupo de Boedo”. Esta fuerte referencia urbana los vincula entre sí y al mismo tiempo los aparta de quienes entonces encarnan la posición más académica. ⁵⁹

El espacio que más representaron fue el conventillo y sus adyacencias. Junto a personajes arquetípicos, como el mendigo, la madre, el arrabalero, el desocupado, el niño de la calle, el orador/a políticos, entre otros, algunas obras muestran allí a lavanderas, por ejemplo *Lavando* de José Arato, presentada por el artista en dos exposiciones individuales realizadas en Amigos del Arte, en 1926 y 1928. ⁶⁰ En la creación de los trabajadores, la figura humana adquiere tamaño monumental y se destaca el esfuerzo que implica cargar o tañer una campana, por ejemplo. Se trata de un arte realista, con un claro mensaje de denuncia.

Los destinatarios principales de estas obras eran los miembros de las clases bajas, en especial los obreros. Entre los Artistas del Pueblo, Muñoz destaca la influencia en el grupo de Pío Collivadino, por entonces director de la Academia Nacional de Bellas Artes, como maestro de las técnicas de grabado en metal y también por sus vistas de los suburbios de la ciudad de Buenos Aires.

⁵⁷ Una biografía de cada uno de los integrantes en Miguel Ángel Muñoz, *Los Artistas del Pueblo 1920-1930*, Buenos Aires, Fundación OSDE, 2008, p. 87-88. Disponible en: [www.fundacionosde.com.ar/backend/upload/files/img_\\$133](http://www.fundacionosde.com.ar/backend/upload/files/img_$133) (17/3/2014), y en Horacio Tarcus (dir.), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la “nueva izquierda” (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé Editores, 2007.

⁵⁸ Muñoz, *Los Artistas...*, p. 21.

⁵⁹ *Ib.*, pp. 5-6

⁶⁰ Tarcus, *Diccionario...*, p. 21

Las condiciones desfavorables también fueron recreadas por la dramaturgia del período; en *La familia de don Giacumín*, de Alberto Novión, Aparicio, hijo de una lavandera, lo expresa en versos:

Y la vieja... Pobre vieja
lava toda la semana
pa poder pagar la olla
con pobreza franciscana,
en un triste conventillo
alumbrao a kerosén.⁶¹

Otros dramaturgos también reflejan la exclusión de estas trabajadoras: la gringa Rosa realiza su tarea con una batea en el patio de su vieja casa⁶² y la “lavanderita” Rosina retira y lleva ropa a domicilio en un canasto y en ocasiones la plancha, mientras su madre se ocupa de lavarla. Pese a su dureza y poco rédito económico, la hija debe ejercer el oficio heredado.⁶³

4- Conclusiones

Ambas políticas, la sanitaria y la urbana, modificaron el ámbito de trabajo de las lavanderas: el río desapareció como espacio laboral y el fracaso de los lavaderos públicos y privados las redujo a sitios precarios e insanos, como los conventillos. Así, la intervención del Estado produjo consecuencias en el ejercicio de las prácticas cotidianas concretas de estas trabajadoras así como cambios en las representaciones de su labor, en un juego de permanente retroalimentación.

No son numerosas las fuentes visuales y literarias en que ellas aparecen reflejadas en comparación con tiempos pasados, ni tampoco son mencionadas con asiduidad por contemporáneos o por las publicaciones del período, aun cuando su presencia era numerosa según consignan los datos estadísticos presentes en las memorias municipales. Concluyo en este sentido que su escasa presencia vincula su labor con la informalidad y la consecuente marginación social.

De esta forma, en el devenir hacia una metrópoli, las transformaciones en la ciudad de Buenos Aires en torno al control del agua y de la higiene pública modificaron la forma de habitar de miles de mujeres. En el sentir de la época, pocos advirtieron las dificultades

⁶¹ Alberto Novión, “La familia de don Giacumín”, escena IV, p. 9 en *Alberto Novión. La transición al grotesco criollo*. Edición y estudio preliminar de Osvaldo Pellettieri, Buenos Aires, 2002 (Teatro; Clásicos del siglo XIX).

⁶² Alfredo Méndez Caldeira, “Alma vieja” en *Bambalinas*, 217, Buenos Aires, 1922.

⁶³ César Ruíz Añibarro, “Los huesos del desierto” en *Bambalinas*, 215, Buenos Aires, 20/5/1922.

reales de este conjunto de la población; la ciudad, concebida como un objeto estético con modelo en las grandes urbes así como un organismo que había que purificar constituía el horizonte de todas las reformas emprendidas. De allí, la existencia de dilaciones en la inauguración de los lavaderos públicos o de ordenanzas municipales contrapuestas.

Para el final del período aquí abordado, la visibilización de las lavanderas en espacios comunes de la ciudad comenzó a disminuir notoriamente. A ello contribuyó la ampliación del tendido de agua y de cloacas en los distintos distritos de la ciudad y la facilitación consecuente de la tarea de lavar la ropa en el propio hogar, tanto por parte de las trabajadoras como de sus potenciales clientes.

